

EDICIONES
BISTAGNE

CHARLOT

INTERVIUS BIOGRAFIA ANECDOTAS
POSTAL - INTERESANTE PROLOGO -

**INTERVIÚS, BIOGRAFÍA
Y ANÉCDOTAS**

del primer cómico del mundo

Charlie Chaplin
CHARLOT



188

EDICIONES BISTAGNE
Passeig de la Pau, 10 bis - Telef. 18861
BARCELONA

A guisa de prólogo

El gran payaso

En las postimerias de la Roma clásica, Plutarco escribió sus célebres *Vidas* para que sirvieran de modelo y aliento a aquella sociedad, la más poderosamente organizada del mundo antiguo, pero ya en aquellos tiempos del filósofo en visible decadencia. El fondo de dichas *Vidas* formábanlo, de un modo especial, las virtudes cívicas.

Más tarde, y sobre todo en el Medio Ego, se desarrolló este género literario al amparo de los claustros, dando origen a los *pulcherrimos* y *milagrosos Vlos Sanctorum* que germinaron por todas las comorias de la Europa aun un bien civilizada. El fondo de esa nueva serie de *Vidas* fué un exaltado sentimiento religioso-místico-cristiano, cuyo influjo, tradición y aroma puede decirse que ha llegado hasta nuestros días.

Tras de los héroes de virtudes cívicas de Plutarco y tras de los santos de virtudes cristianas de los *Vlos Sanctorum*, tenía que tocarles también el turno a otras grandezas humanas.

Y fué favorecida con carácter de prioridad la realceza, el adoleugo de la sangre (la historia de catonices no fué más que una serie de cuadros o biografías destacando la figura de un rey), los cuales culminaron en los esplendores del Renacimiento, hasta que palideciendo y menguando sigla tras sigla,

han venido casi a resumirse en el *Gotha*, la más lujosa ironía editorial que sigue perpetuándose a través de todos los destronamientos y abdicaciones de que tan pródigo se muestra la historia contemporánea.

Hoy son ya muy escasos los que hacen en honor este tercer linaje de *Vidas*, el más efímero sin duda por ser el de menor ejemplaridad; y las gentes anteponen a la Biografía de la realceza, la Biografía de la inteligencia, de suerte que la gloria de este género literario viene hoy vinculada, casi de un modo exclusivo, al sabio, al pintor, al músico, al literato, al arquitecto, al inventor; al acvivo, en una palabra, en cada uno de sus infinitas manifestaciones.

Pero ¿cómo, dirá alguno, se puede llegar por este camino a la Biografía de *Charlot*? Ni es sabio, ni pintor, ni músico, ni literato, ni arquitecto... y no obstante su nombre lleva los ámbitos del mundo; su fama es universal, hasta el punto que apenas habrá ser racional viviente en tierras más o menos permeadas por la civilización, para quien *Charlot* sea un desconocido.

Pues por esto, precisamente, en este nuevo culto moderno de la Biografía, le ha tocado ya el turno a *Charlot*; y le ha tocado por derecho propio, y con el mismo e injustamente mayor cao que un emperador figura en el *Gotha* y un héroe de la santidad en el *Florilegio cristiano*; por su genial comprensión de la vida y por su suprema utilización artística de la caricatura.

Y ya hemos llegado, lector querido, al verdadero porqué de la Biografía de *Charlot*. Tiene su Biografía, porque no puede dejar de tenerla el *Gran Payaso*, el mayor payaso que ha podido manifestarse como tal en el mundo, el despota y casi el dueño absoluto del secreto de la risa, esa flor de la alegría que, cuando nace de instinto racional, es a su vez la mejor flor de la vida. Igual está, y no en otra cosa, el misterio de *Charlot*: ser el más poderoso excitador de risa del mundo y, por ende, el más formidable fautor de alegría.

¿Puede alguna contribir un imperio más vasto que el suyo? ¿Qué rey, desde que el mundo es mundo, ha contado jamás con tantos adoradores?

Pero la risa de *Charlot* deja un pozo, cual no suelen dejarla otras risas; así siempre suele brotar de las más bajas fuentes sociales, como si entre barlas quisiera recordarnos que todas

los hombres. Hemos adentro un barrio chino de pasiones las más repugnantes.

El medio ambiente en que Charlot desarrolla sus prodigiosas facultades no es ni siquiera mediocre; es miserable. Desgrana las perlas de la risa sobre harapos y a través de luces de tragedia: éste es el secreto de su terrible fuerza sentimental y humana. No es Charlot el punto céntrico y objetivado de una comedia a cuyo alrededor trama un literato un bello zarcido de situaciones cómicas. Charlot, en sus creaciones, es centro y ambiente. Su persona y todo cuanto le rodea suele ser triste; pero al proyectarse su presencia o gesto sobre las cosas, brota la risa de todos los ojos y de todos los labios, como un raudal desatado y que no conoce barreras. Hay que insistir en que Charlot no es un cómico adaptado a un papel, sino un payasa inconmensurable que él mismo se crea el papel en todo momento, caricaturando a cada instante, con una simplicidad infinita, los repliegues más recónditos de la vida.

En realidad Charlot hace tragedias en caricatura. Y ¡ay! del momento en que se olvida de la caricatura, como ocurre en el final de la película *El Circo*, cuando solo, en medio del camino por donde acaba de perderse la última carreta de los saltimbanquis, de espaldas al público y sin volver siquiera una vez la vista, delatora de un resquicio de esperanza, se le ve marchar rígido como un sonámbulo hacia un crepúsculo mortecino y preñado de tristeza; porque entonces se nos muestra sola, desnuda y descarnada la tragedia humana que él, el gran artista de la miseria, lleva siempre a cuestas, para hacerla servir de marionete en sus grandes creaciones cinematográficas.

Nadie: poeta, músico, pintor, sabio, etc., ha podido dar jamás fronteras tan ilimitadas a su arte, porque ningún arte ni ciencia es tan universalmente comprensible como el gesto grotesco de Charlot.

¿Os dais cuenta, ahora, de dónde se viene a Charlot su grandeza?

¿Os explicáis ya el porqué de esas manifestaciones indescriptibles de simpatía, de esos desbordamientos incomparables de entusiasmo de las gentes que por millones han acudido a rendirle homenaje en las diversas visitas que viene haciendo por Europa?

Las multitudes no abren así jamás a una señal convenida,

sino a impulsos de un sentimiento profundo, imposible casi de analizar por ellas mismas, porque es racial, instintivo; porque arranca de la esencia misma de la naturaleza humana.

Saludemos, pues, a Charlot a su llegada a Europa y rindámosle los máximos honores; porque superior a los alquimistas de la edad media cuyo único sueño fue convertir todas las cosas en oro, ha sabido hallar el secreto inefable, la alquimia prodigiosa de extraer de todas las miserias humanas el oro sublime de la risa.

J. P.



Último retrato de Charlie Chaplin

Charlot en Londres. Empieza la epopeya

Entre el elemento periodístico reinaba inusitada animación. Redactores, colaboradores y corresponsales de todos los periódicos parisenses, de casi todos los de Francia y de buen número de diarios y revistas extranjeras se preparaban para recibir al hombre que, como ha dicho Enrico Piconi, hizo el séptimo arte de lo que hasta entonces había sido simplemente un juguete mecánico.

Nosotros opinamos también que Chaplin es uno de los genios que van a marcar el siglo XX en la historia, un nombre que entrará en la posteridad por la puerta grande. Por eso encontramos muy natural la efervescencia que reinaba en el ambiente periodístico; por eso habíamos dado un salto sobre nuestras obligaciones y cruzamos la frontera sin más objeto que el de presenciar la llegada de Charlot a la ciudad de la luz y de las delicias.

Habríamos de esperar veinticuatro horas. Esto no es nada para el que está en una ciudad en plan de turista, pero para el que, desdichadamente, ha de establecer una estrecha relación entre los minutos y las pesetas, un día resulta tan largo como una temporada.

De aquí que nos pusieramos a pensar en el modo de aprovechar aquella jornada de espera y que concibieramos el propósito de encontrar a un compañero que hubiera estado en Londres para que nos explicara detalladamente la acogida que el genial artista había tenido allí.

Tuvimos que correr y buscar mucho, pero lo encontramos al fin, en la redacción de un periódico matinal.

Fué un tanto pintoresco lo que ocurrió entonces. Un botones le entregó nuestra tarjeta de reportero en la que habíamos escrito unas líneas con lápiz:

Le ruego me conceda una entrevista de carácter profesional.

Apareció en seguida en el recibimiento. Era un francés joven y simpático. En su rostro se leía una mezcla de recelo, incredulidad y estupefacción.

Supongo—dijo—que no se tratará de una broma.

Nuestro gesto de protesta le convenció de la pureza de nuestras intenciones.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque ir a intervenir a un reportero, me parece algo así como ir a sacar una muela a un dentista.

—No es una muela suya lo que me interesa, sino la muela que usted ha sacado en Londres. Usted ha hecho allí un reportaje de Charlot. Transfórme sus puntos más interesantes. Digo, si usted quiere ver en mí, no a un rival, sino a un compañero.

—Eso es otra cosa. Le complaceré con mucho gusto. Puede usted preguntar.

—Hábleme usted de la acogida que tuvo Charlot en Londres.

—Una acogida apoteósica, "Algo dramático y emocionante", como ha dicho el propio Charlot. Millares de almas se apiñaban en la estación de Paddington, poniendo en jaque la famosa magnificencia de los policías londinenses. Tuve la suerte de estar cerca del punto en que Charlot tenía que descender, y pude ver la multitud de



Charlot en "Los luceros de la ciudad"

representaciones y personalidades que le esperaban. Los trenes entraban continuamente en la estación y en todos esperaba la multitud ver llegar al héroe. Por eso, cada vez que aparecía el penacho de una locomotora, el retumbar del convoy era ahogado por el rumor del enorme

gentío, que al mismo tiempo se agitaba como un mar en ebullición.

—Dígame: ¿abundaba el elemento femenino entre el público?

—Veo perfectamente lo que hay en el fondo de su pregunta. Yo también la hubiera hecho. Mejor dicho, yo también me la hice al acudir a la estación de Paddington. Y quedé sorprendido al ver que el elemento femenino abundaba tanto como abundó entre la multitud que recibió en su patria a Maurice Chevalier y como habría abundado en cualquier parte a la llegada de Rodolfo Valentino. Este hecho me ha sacado de un error. Yo creía que la afición entusiasta que las muchachas de todo el mundo tienen al cine era, más que admiración hacia el séptimo arte, la inclinación natural a la belleza y a la arrogancia varonil. Pero, no; yo he visto un mar de cabezitas rubias levantarse con impaciencia a la llegada de cada tren; yo he visto una nube de manos de nácar aplaudir con sincero entusiasmo a la llegada del genio. Estoy seguro de que, a no ser por el pudor y por la policía, centenares de aquellas bocas frescas y juveniles que daban al astro alegres gritos de bienvenida, le habrían demostrado su admiración con un beso. ¿No es sorprendente esta admiración por el vagabundo de las grandes botas y el traje deformado?

—¿Cree usted que en París sucederá lo mismo?

—Espero con verdadero interés poder comprobarlo.

—Siga usted explicando la llegada a Londres.

—Ya le he dicho que fué apoteósica. La multitud que se apiñaba en el andén vibró al advertir que por una de las ventanillas de un tren que llegaba asomaba la cabeza de Charles Chaplin. Empieza a ser viejo. En sus aladares han puesto ya las canas una mancha gris. Algunas arrugas en el rostro. Pero Charlot sonreía. Era una sonrisa infantil, alegre, o, si acaso, de tristeza sabiamente soportada. El resplandor de sus ojos claros armonizaba con esta expresión de su semblante. Había

estallado una salva de aplausos. Charlot se retiró de la ventanilla y apareció en la portezuela, que se abrió en seguida. Entonces saludó afectuosamente. Se tendieron hacia él cien manos a un mismo tiempo y él estrechó algunas y se dejó zarandear por otras. Pero cuando a Charlot se le ocurrió el comentario de "dramático y emocionante" fué al salir de la estación y encontrarse frente al mar humano que le esperaba. En el aire se agitaban pañuelos, bolsos, pañuelos, sombreros, todo por nublarse, y los gritos y los aplausos formaban un concierto que debía de oírse desde el barrio más extremo de Londres. Charlot parecía desconcertado. No esperaba tanto, sin duda. Estuvo un momento contemplando aquel cuadro de entusiasmo y de idolatría, saludó con el gesto del que está convencido de que un saludo es muy poco para corresponder a una de esas acogidas formidables, y subió al automóvil que le condujo al Carlton Hotel.

—Y allí les recibió a ustedes...

—Allí nos recibió. Éramos unos cien los periodistas de todos los países que nos reunimos en el Carlton esperando las palabras de Chaplin. Nos hicieron pasar a sus habitaciones, las mejores del famoso hotel. Mis compañeros me enumeraban los reyes, príncipes y personajes de fama mundial que habían vivido en aquellas habitaciones, cuando una puerta se abrió y apareció un secretario, que dijo: "Señores, tengan la bondad de dejar paso a la víctima." Fué celebrado el rasgo de humor del secretario y nos apartamos, dejando la puerta libre. Chaplin apareció sonriendo, y entonces pude apreciar el cambio que se había operado en él en los últimos años. Está más grueso y tiene el aplomo de la edad madura y de la confianza en su valía, que le han dado sus éxitos crecientes. Llevaba una corbata azul. Casi siempre lleva corbatas de este color, sin duda porque armoniza con el de sus ojos. A Chaplin no le ha gustado nunca hablar con los periodistas, porque dice que tienen el don de hacerle decir a uno lo que quiere callar. Por eso



Charlot en "La quimera del oro"

prefiere hablar a que le pregunten. En seguida comenzó a explicar la emoción que el recibimiento le acababa de producir. Pero alguien aprovechó el primer silencio para preguntar: "¿Será muy larga su vuelta por Europa?" Y Charlot contesta, aunque acaso para arreprentarse des-

pués: "Iré a París, a Berlín, a España. España me interesa mucho." Y un reportero español, aprovechando la oportunidad, pregunta: "¿Piensa usted hacer alguna película cuya acción se desarrolle en España?" "Todas mis películas", responde Chaplin, "se desarrollan en la ciudad, ciudad sin nombre que puede ser cualquiera de las que lo tienen, o puede no ser ninguna." Nuevas preguntas, y a una de ellas, verdaderamente interesante, Chaplin da esta contestación, más interesante todavía: "El tipo de Charlot es una sátira del hombre. El bigote es la vanidad humana, el hango representa los convencionalismos de la sociedad, el bastón la dignidad de las personas graves, las grandes botas una indicación de que en la vida hay que apoyarse en una base real y sólida. En cuanto a los pantalones y a la americana, no tienen parte en esa sátira de la humanidad. Son simplemente un efecto cómico por medio de lo grotesco." Y dicho esto se retiró nuestro héroe, después de saludarnos con toda cordialidad, pero dejándonos en la boca ese gusto que dejan las aceitunas del vermouth cuando se tiene mucho apetito.

—Y ¿ya no puede usted decirme más?

—Casualmente, sí. También yo hice lo que usted ha hecho. Pregunté a un compañero más afortunado que yo, el cual había tenido la suerte de hablar a solas con Chaplin, y él me dio algunos detalles muy interesantes. Charlot está aprendiendo español, cosa que ha de halagarle a usted, porque prueba el amor que tiene a España y que puede ser cierta su decisión de no marcharse de Europa sin hacerles una visita. Charlot ha venido acompañado de una verdadera nube de secretarios de ambos sexos, y hablar con él significa hablar antes con casi todos ellos, así como cuando un soldado quiere dar al general una noticia, ésta va pasando de boca en boca y de grado en grado, hasta que llega a su destino. Todo este negociado está siempre ocupadísimo y va y viene de un lado a otro, escribe cartas o rasga sobres, pues las

músicas llegan a millares a Chaplin, se encuentre donde se encuentre. De España, lo que más le interesa ver es Toledo y una corrida de toros. Asegura que es descendiente de una tribu de gitanos que hace algunos siglos tuvo que emigrar de España. Así se explica que las cosas de su país le interesen tanto. Dice que la mayor parte de sus amigos de Hollywood son españoles y que ha hecho le explican muchas veces cómo son las suertes del torero. Finalmente, le diré a usted algo que había olvidado. Al llegar al Carlton habló por teléfono con Mac Donald y con Lloyd George, quienes le dieron la bienvenida. Con el primero compartió la mesa y tuvo una charla con Bernard Shaw. Asistió al estreno de su película "Las luces de la ciudad" y bailó después un tango que Sari Maritza, deliciosa girl que le acompaña. Y esto es todo lo que puedo decirle de la llegada y estancia de Charlot en Londres.

Chaplin en París. Continúa la epopeya

Desde algunas horas antes de la llegada del tren que había de traer a París al artista más popular del mundo, el público había comenzado a aglomerarse en los alrededores de la estación y en el interior de ella, y a las dos de la tarde, cuando sólo faltaban veinticinco minutos para la llegada del rápido, ya no se podía dar un paso por las cercanías de la estación, ni se desmarchaban billetes para entrar en el andén. Los conuñeros parisenses aseguran que jamás se ha hecho a una persona, en la capital francesa, un recibimiento tan magnífico. El



Charlot en "El circo"

enorme gentío formaba un mar humano, que se perdía de vista, y el malrido servicio de gendarmes que se cuidaban de mantener el orden, se sentían impotentes para

contener el ardor de tantos miles de personas. Sus semblantes dejaban entrever que no estaban muy seguros de poder cumplir su obligación en el momento en que Chaplin llegara y parecían anticipadamente disgustados por el fracaso que su autoridad iba a sufrir. En el interior, la policía formaba un corredor para asegurar el paso del héroe, pues no era cosa de que después de llegar a París tuviera que quedarse en el vagón.

Comprobé lo que mi compañero tenía también interés en comprobar, y me convencí de que tenía razón. Estoy por decir que la mayoría del público estaba formado por muchachas desde la clase media para abajo, que son precisamente las que aportan el contingente más importante a todos los cines del mundo y las que piden a las revistas las señas de los galanes de la pantalla. Decididamente, estas deliciosas cabezitas tienen dentro bastante más que sueños de flirteo y de amor.

Por fin llegó el rápido y la policía fué impotente para contener la avalancha humana que se abalanzó sobre el convoy y corría a lo largo de él, buscando en las ventanillas el rostro de Chaplin.

Nos sentimos arrastrados, empujados, transportados en vilo como una pluma mecida por el viento, y tuvimos la suerte de que la ola humana nos llevara, precisamente, frente al vagón "sleeping" donde Chaplin había hecho el viaje. Allí estaba el héroe. Un gris casi plata ponía una nota interesante y simpática en sus sienes y sus ojos claros sonreían al mismo tiempo que su boca. Era una sonrisa un poco triste, como de quien sabe lo que le espera y afronta resignada y serenamente el peligro.

Le voilà! Le voilà! — gritaron algunas voces, confundiendo.

Y un grupo de audaces se precipitaron sobre el vagón para tomarle por asalto. Pero apenas ponen el pie en el estribo, Chaplin aparece en la portezuela y los admiradores vehementes se retiran con un movimiento de respeto, que dura muy poco, pues en seguida se oye el

grito de: "Vive Charlot!", contestado por centenares de voces, y esto parece volver a caldear los ánimos.

Chaplin responde con un "Vive Paris!", del que pronto parece arrepentirse, pues retrocede un tanto atemorizado al ver el ardor casi bélico con que la multitud se dirige hacia él. Los agentes hacen lo que pueden, pero el entusiasmo del público pueda más y el artista se ve muy apurado para conservar la integridad de su persona, al mismo tiempo que la posición normal sobre la cabeza, de su sombrero hongo.

Por fin logra salir de la estación, y allí aumenta su gratitud y su miedo al ver el número de personas que han ido a recibirle.

Como puede, corresponde al infernal griterío con un saludo a lo Charlot. Lleva sombrero hongo—y se instala en el soberbio auto que le espera a la puerta de la estación.

Se han tirado numerosas placas fotográficas, numerosas cámaras de cine han rodado ante quien está cansado de verlas rodar. Pero ya el auto, para bien de Chaplin, se dirige tan velozmente como la multitud le permite, a la plaza de la Concordia, donde está el hotel Crillon, que es el que reserva alojamiento al héroe, un alojamiento por donde han desfilado también, como en el Carlton de Londres, muchos reyes y personas de sangre real.

Nos dirigimos también al hotel Crillon. No hay nadie en la plaza de la Concordia cuando llegamos, pero el vestíbulo del hotel está ya lleno de periodistas, a los que nos sumamos para esperar el momento de la interviú colectiva que, según dicen algunos compañeros, se nos va a conceder.

Pronto el público que antes rodeaba la estación de Lyon comienza a afluir a la plaza de la Concordia y vuelven a repetirse las escenas de vehemencia y entusiasmo, hasta que Chaplin se ve precisado a salir al bal-



Charlot en compañía de la bellísima Alice White

cón para dar las gracias con gestos expresivos, lo que calma bastante el ardor de la multitud.

Pero otra multitud le espera en el salón llamado de las *Alfies*. Somos nosotros, los periodistas, que no perdonamos al astro de la pantalla unas palabras para los

periódicos que esperan nuestras conferencias o nuestras cuartillas.

Aparece una machacha y en seguida Chaplin.

—Pregúnten a m^{ister} Chaplin— dice en francés—. Yo traduciré sus respuestas y las preguntas de ustedes.

Pero los fotógrafos son los primeros en *hablar* con el lenguaje de magnesio de sus máquinas. Fogorazos, ruidillos metálicos, saludos, y se retiran, dejando un poco más libre el salón, donde los periodistas nos disponemos ya a preguntar.

No sólo la corbata de Charlot es azul, como me aseguró el compañero que fué a visitarle a Londres, sino que también es del mismo color la camisa y el cuello.

Alguien se lo hace notar, y él responde simplemente:

—Una sinfonía.

Sale una voz de un rincón:

—¿Ha oído usted hablar de un falso Charlot que ha aparecido en Viena?

Chaplin sonríe.

—Hay muchos falsos Charlot. Yo mismo no soy siempre el auténtico. ¿Quién de ustedes puede decir que es siempre el mismo?

Se suceden las preguntas, a las que Chaplin, con extrema prudencia, contesta con evasivas. No logramos sacar en limpio si va a venir a España, aunque, por lo que sabemos, debemos suponer que si vendrá. Tampoco logramos ninguna respuesta decisiva sobre otras preguntas de interés.

De súbito dice un compañero:

—Lo primero que debemos decirle, m^{ister} Chaplin, es el placer que sentimos todos al verle entre nosotros.

La mayoría de los reporteros franceses aplauden y Charlot da las gracias. Su sonrisa se ha animado. La expresión de fatiga ha desaparecido de sus ojos. Y las preguntas se suceden con más ardor que antes. A veces preguntan varios a un tiempo. La intérprete no da abulto para traducir todas las preguntas.

Aprovechando la primera pausa, nos decidimos a arrostrar las iras de los periodistas, de la intérprete y acaso del propio Chaplin, repitiendo una pregunta que ya ha contestado el artista, aunque muy vagamente:

—¿Tiene usted el propósito de ver una corrida de toros en España?

—Tengo verdaderos deseos de ver una corrida de toros y de ver España.

Otra hábil evasiva. Pero a nosotros nos ha parecido ver una afirmación en su mirada. ¡Ah, gran Chaplin! ¿Vendrá a España, y entonces sabrás lo que es un recibimiento fervoroso!

—¿Piensa usted hacer un film sobre Napoleón?—pregunta uno, que sin duda debe de ser nieto de algún bonapartista.

—Todos saben que tenía ese proyecto, que por cierto estaba bastante adelantado. Pero el advenimiento del cine sonoro lo ha echado todo a rodar.

Sin embargo, se dice que prepara usted una película hablada, en calidad de director.

Charlot se encoge de hombros y su gesto equivale a estas palabras:

—No puedo decir nada sobre eso.

—¿Le interesan a usted los deportes?

—El tenis me gusta mucho y lo practico frecuentemente.

—¿Jugará al tenis durante su estancia entre nosotros?

—No sé.

A partir de aquí, esta respuesta se repite casi con cada pregunta, y no lo podemos tomar por desaire, porque vemos que Chaplin tiene muchos deseos de complacernos, pero que no puede materialmente con su alma.

Así lo manifiesta de pronto uno de sus secretarios.

—Mister Charlot está rendido. El mejor obsequio que pueden hacerle es dejarle descansar.

Inmediatamente un reportero lanza un pintoresco viva:

—¡Viva la libertad de Charlot!



Charlot en "La quimera del oro."

Y, una vez contestado el viva unánimemente, todos vamos desfilando ante el artista, al que apenas quedan fuerzas para sonreír.

Ya en la calle, vemos que Chaplin ha tenido que salir nuevamente al balcón, reclamado por el público.

Y nos alejamos de la plaza de la Concordia, pensando que hasta la gloria tiene sus amarguras.

* * *

Pero también esta vez ha habido un periodista más afortunado, que ha tenido la suerte de hablar a solas con Charlot y cuando la fatiga no le impedía ser comunicativo.

El reportero pertenece a uno de los más importantes periódicos de Francia. Este modelo de audacia y de actividad había salido un día antes de París para tomar el mismo tren en que viajaba Charlot, y así, cuando el artista llegó a la capital francesa, ya hacía siete horas que el hábil compañero le había consagrado más de lo que pudimos hacerle decir entre el centenar de periodistas que le interrogamos en el hotel.

Chaplin acababa de levantarse. Estaba en el vagón-restaurant con la buena disposición del que ha echado un sueño de varias horas, y allí le pescó el sagaz reportero:

—¿Está usted contento de encontrarse en Francia?

—Mucho. Mi primer viaje, hace diez años, fue tan rápido, que no tuve tiempo de conocer ni superficialmente vuestro país.

—Entonces, ¿esta vez pensará usted desquitarse?

—Sí; esta vez será diferente.

—¿Permanecer mucho tiempo en París?

—En París precisamente, acaso no...

—¿Siquiera hasta que estrenen "Las luces de la ciudad"?

—Necesito entregarme cuanto antes a un verdadero descanso. Quisiera olvidar completamente mi trabajo. Seguramente iré a Niza, de la que me han hablado muy bien, y allí es posible que asista al estreno de mi película.

—¿Está usted satisfecho de ese film, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué he de negarlo? ¡Me ha costado tantos desvelos, tan largos meses de trabajo!...

—¿Y el cine sonoro?

El semblante de Chaplin expresa el cansancio del que ha tenido que responder millares de veces a la misma pregunta.

—Usted sabe tan bien como yo lo que pienso acerca de eso. Lo que mejor traduce la emoción de la vida es el silencio. ¿Por qué se han empeñado en restringir ese arte magnífico del gesto? La calidad del artista se supe-dita ahora al timbre de su voz. Desde luego, reconozco que se trata de un magnífico invento.

—Una última pregunta, mister Chaplin. ¿Piensa usted aceptar contratos para trabajar en Europa?

—No hay nada seguro todavía. Por lo pronto, pienso ir hacia el sol de vuestro Mediodía; después a España...

Muchas gracias por su atención, mister Chaplin, y perdone las molestias.

—He tenido mucho gusto en saludarle.

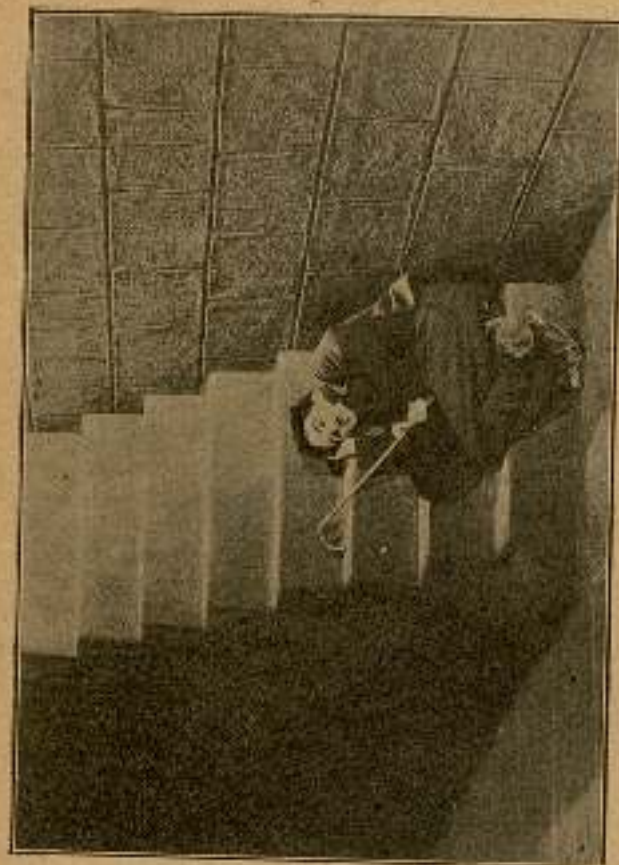
* * *

Chaplin ha comido con el ministro de Negocios Extranjeros, Aristides Briand, en el Quai d'Orsay, y cuando estas líneas se publiquen se le habrá concedido ya, seguramente, la cruz de la Legión de Honor.

Por cierto que al salir del hotel para dirigirse al Ministerio, ha ocurrido algo que merece relatarse.

La multitud esperaba en la plaza de la Concordia para ver una vez más al genio de la pantalla. Y junto a la puerta del hotel, profusión de fotografías y cameramen.

Aparece Chaplin. Estalla una ovación. El artista se detiene. Va a hablar, va a dar las gracias, pero de pronto ve que hay a su lado un micrófono preparado para recoger sus palabras y demuestra que el horror que pro-



Charlot en "Las luces de la ciudad"

fesa al cine sonoro es cosa cierta, arrojándose de cabeza al interior del automóvil.

Y mientras Chaplin viaja por Europa, el traje de Charlot viaja por América. Sí, su traje: su hongo, sus enormes botas, su raída chaqueta, sus anchos pantalones,

Viaja por América siguiendo el estreno de "Las luces de la ciudad". De Hollywood ha pasado a Boston. Desde Boston irá a Detroit y a Chicago. En todas estas ciudades son expuestas las prendas durante los primeros días de proyección de su nueva película. Y es tal la cantidad de público que afluye a verlas, que han de ser guardadas por buen número de policías, para evitar que los "caprichosos" se las lleven, repartiéndose sus pedazos, pedazos que sería muy fácil hacer, pues las pobrecitas están que dan lástima.

Confesiones de Chaplin El secreto de su triunfo

Hacer hablar a Chaplin—ya lo hemos visto—es sumamente difícil. Unas veces porque no tiene tiempo, y otras porque al fin y al cabo es un hombre de negocios y sabe lo que vale la reserva, es el caso que muy pocos, tal vez ninguno, podrá gloriarse de haber obtenido de él, no ya una entrevista completa, sino una explicación acalorada acerca de su propio arte, de cómo lo ve y lo siente, de cómo prepara sus películas, de cómo ha ido labrándose esa personalidad tan destacada que hoy tiene en el cinematógrafo.

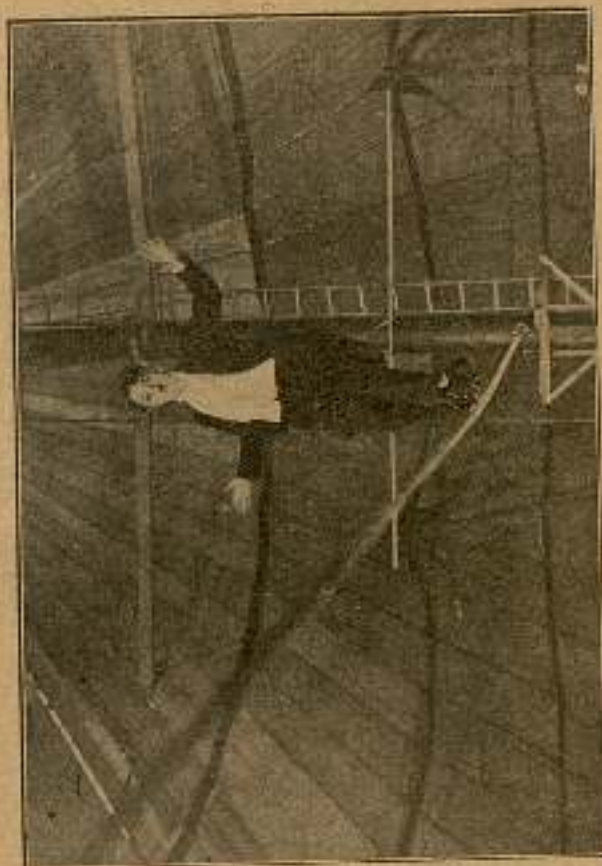
Pero, desperdigadas en libros y en periódicos, existen confesiones de Chaplin, a veces escritas por su propia mano, que, reunidas, dan una idea de los resortes que ha puesto en juego el genial artista para llegar a esa altísima cima de la fama y de la admiración mundial.

He aquí las más interesantes:

"La misma importancia que al contraste, doy a la sorpresa. No busco la sorpresa completamente en la composición general, pero me esfuerzo en vencer los gestos naturales para hacerlos sorprendentes. Procuro también crear lo inesperado de un modo nuevo. Si el público espera que recorra una calle a pie en una película, salto de pronto a un coche. Si deseo atraer la atención de alguien, en lugar de tocarle en un hombro o de llamarle, entazo con mi bastoncillo su brazo y le atraigo. Imaginar lo que espera el público y hacer precisamente lo contrario, es un placer para mí.

"Un actor cómico debe ser pasivo. No origina los acontecimientos; es dominado por ellos. Busca un asunto serio y saca de él efectos cómicos. Los asuntos suelen presentarse por sí mismos. No hay más que dejar correr a la imaginación cuando una idea acude. Por ejemplo, voy a un concierto de Paderewsky. Veo el piano, el auditorio solemne, la dignidad del maestro, que llega, se sienta. Va a empezar. De pronto, en el profundo silencio que se ha hecho en la sala, veo con la imaginación hundirse el taburete y caer el maestro en una grotesca pirueta.

"Es el principio de un incidente para una película. El trabajo viene después. Voy a explicar algo de mis métodos. Supongamos que soy Paderewsky. Me adelanto, saludo al público con dignidad, pero resbalo y me cuesta trabajo recobrar el equilibrio. Voy a sentarme delante del piano. El taburete se hunde en el momento en que empiezo el trozo más patético. Me dan una silla para niño, sobre la que apilan unos libros. Hago gestos de inspiración y toco tan fuerte que las teclas saltan por el aire."



Charlie en "El circo"

"El éxito de algunas películas cómicas se debe a que en ellas se presentan agentes de policía cayendo en pozos del alcantarillado, tropezando con cubos de cal y sometidos

dos a toda clase de peripecias. Son personas que representan la dignidad del poder, a veces muy imbuidas por esta idea, y la vista de su ridículo y de sus aventuras excita el deseo de reír del público, mucho más que si se tratara de simples ciudadanos.

"Aun hace más gracia la persona ridiculizada que, a pesar de eso, se niega a admitir el ridículo y se empeña en conservar una actitud digna. El ejemplo mejor es el que proporciona el borracho, que, denunciado por su modo de andar y de expresarse, quiero convencernos con mucha dignidad de que está sereno. Es mucho más divertido que el hombre que muestra abiertamente su embriaguez y le importa poco que se lo noten.

"Por esta razón, todas mis películas se apoyan en la idea de amontonar dificultades que me proporcionen la ocasión de encontrarme desesperadamente apurado para, en tan comprometida situación, preocuparme de recoger el bastoncillo, colocarme el hongo y ajustarme el mudo de la corbata, aunque acabe de caerse de cabeza. Estoy tan seguro del resultado de este efecto cómico, que no sólo procuro colocarme siempre en situaciones comprometidas, sino que intento también colocar a los demás.

"Sólo gracias a mi madre he llegado a triunfar en la pantomima. Es la mímica más prodigiosa que he visto. Pasaba en la ventana muchas horas, contemplando la calle y reproduciendo con las manos y la expresión de su fisonomía todo cuanto ocurría abajo. Y mirándola y observándola aprendí a interpretar las emociones con las manos y con el semblante. Además, poseía mi madre un don inapreciable para la observación, que también me comunicó a mí. Por esta razón, cuando veo proyectar una película mía, al ser presentada al público, miro con un ojo la pantalla, y con otro observo a los espectadores. Compruebo lo que le hace reír y lo que no le hace

reír. Si no se ríe con un juego escénico que yo supuse cómico, me esfuerzo por descubrir lo que puede haber de falso en la idea. Frecuentemente advierto que un gesto que yo no había previsto provoca una risa ligera. Entonces aguzo el oído y busco la causa de que aquello haya hecho reír. También uso de la observación para encontrar ideas de escense cómicas. Un día pasaba por delante de un retén de bomberos en el momento en que daban la señal de fuego. Vi a los bomberos deslizarse por el palo, subir a la bomba y precipitarse hacia el sitio del incendio. Inmediatamente aquello me inspiró una serie de posibilidades cómicas. Me supuse dormido, ignorando el siniestro. Me vi deslizándome por el palo, cometiendo torpezas con los caballos de los bomberos, salvando a la heroína, cayéndome de la bomba al doblar el camión una esquina. Después, cuando hice el "Charlot bombero", empleé todo lo observado.

"Otra vez subía una escalera circulante en un gran almacén y me pregunté cómo podría utilizar el hecho en una película. Al fin lo tomé como base para "Charlot jefe de sección".

"Presenciando un match de boxeo concebí la película "Charlot boxeador", en que yo, hombre pequeño, dejo la o. a un gran tipo; muerdo a una herradura oculta en el guante.

"Otra cosa que empleo a menudo es la tendencia del público a preferir los contrastes y las sorpresas. El público ama la lucha entre el bien y el mal, entre el rico y el pobre, el afortunado y el desgraciado. Para el público el contraste engendra el interés, y por eso me sirvo de él constantemente. Si me persigue un agente, le presento siempre pesado, torpe, y yo, escurriéndome entre sus piernas, aparezco ligero y acróbata. Si me maltrata alguien, es un hombre colosal, de modo que, por mi pequeño tamaño, consigo la simpatía del público e intento siempre oponer lo serio de mis expresiones con lo ridículo del incidente.



Charlie Chaplin jugando al tenis con Bebe Daniels

"Cuando creía conocer los gustos del público, sentí un sobresalto al recibir la carta de un hombre al que nunca había visto y del que ignoro hasta el nombre. Me

había visto en el "Bombero", en un gran teatro de Middle West, y me escribió lo siguiente:

He notado en su última película falta de espontaneidad. El film era perfecto desde el punto de vista cómico, pero la risa no era tan franca como en algunas de sus primeras obras. Temu que se convierta usted en esclavo del público, cuando en muchas de sus películas convierte al público en su esclavo.

"Esta carta me dió una gran lección, y tomé buena nota de ella. Mi obra no podía ser buena si yo seguía sacrificando mi arte al espectador, y desde entonces procuré apartarme de lo que yo creía que eran los gustos del público. Prefiero mi gusto personal como expresión de lo que el público espera de mí."

Chaplin íntimo

Chaplin es un hombre bueno y sencillo.

Max Linder, que sin duda veía en él al hombre que, sin proponérselo, le había arrebatado el público y la gloria, porque así era en realidad, escribió en "Le Film", antes de morir trágicamente:

"Aunque es millonario y ha llegado a la cumbre del éxito, sigue siendo tan sencillo, cordial, afectuoso y buen compañero como sin duda era en el principio de su carrera. Está en excelentes relaciones con otros artistas famosos de Hollywood. Es muy alegre. Posee un carácter casi infantil. Caritativo hasta la exageración, siempre

está dispuesto a prestar su concurso a todo el que realmente lo necesita.²⁹

Aunque ha pasado bastante tiempo desde que estas líneas fueron escritas, Chaplin sigue siendo tan generoso y humanitario como Charlot, ese Charlot que recogió al Chico, que comparte su comida con el hambriento y que siempre está dispuesto a sacrificarse por los humildes.

Ahora, al llegar a Londres, una de las primeras cosas que ha hecho ha sido visitar el barrio donde pasó su difícil infancia de hijo de artistas funambulescos y, lejos de avergonzarse de aquel pasado de pobreza, se ha complacido en recordarlo y en buscar a los que fueron sus compañeros de andanzas y travesuras.

Lo que sí parece que ha cambiado desde que Max Linder escribió este sincero comentario sobre el gran artista, es su humor. Ahora ya no es Chaplin un hombre alegre. No puede serlo. Han pasado demasiadas cosas en su vida para que lo sea, y han pasado también los años, dejando en su corazón huellas de madurez y austeridad.

Chaplin es un sentimental de primer orden. Basta ver sus films para comprender que posee una exquisita y sutil sensibilidad. Chaplin ha amado dos veces, y dos veces ha sufrido una enorme decepción, capaz de destruir el corazón mejor templado y de agriar el carácter más alegre.

Aun resuena en los oídos de todos los aficionados el escándalo producido por su último desenfuce matrimonial, con su segunda esposa.

Recordamos perfectamente los hechos que relataron diversos periódicos. Lita Grey, señora de Chaplin, tenía amistades que no eran precisamente un modelo de moralidad, y con ellas, siguiendo las liberales costumbres americanas, se iba frecuentemente la esposa de francachela, aunque esa francachela fuese exquisitamente aristocrática.

Chaplin, el gran amante del silencio, no podía ver con buenos ojos este amor a la diversión estrepitosa que



Charlot en "La quimera del oro"

su esposa tenía, y era natural que se negara a tomar parte en las fiestas a que asistía su cónyuge, lo que, al parecer, ofendía el orgullo de ésta.

Una noche, después de una alegre velada en el Hotel Ambassador, la esposa se sintió más indignada que de

costumbre ante el hecho de que Chaplin hubiera preferido quedarse durmiendo a acompañarla, y llevó a su casa a diecinueve amigos, con los que comenzó a armar una algarabía infernal de gritos, cantos y bailes, acompañados de un jazz-band, un piano, un gramófono y algún otro instrumento que las informaciones no citaban.

Ante semejante proceder, Chaplin se levantó y echó a todos los amigos de Lita a la calle.

La esposa se fué con ellos, y al día siguiente pedía el divorcio. La respuesta de Chaplin fué marcharse de Nueva York inmediatamente, lo que dió lugar a que los abogados de su esposa calificaran el hecho de abandono de domicilio e hicieran entregar al artista la mitad de su fortuna a la "pobrecita esposa abandonada".

Y Chaplin quedó, no sólo con una profunda herida en su corazón, sino con otra más honda aún en su fortuna, tanto, que pasó por una situación apurada, hasta que nuevas películas y agotadores desvelos nivelaron su estado económico.

Después de esto, y teniendo en cuenta que era la segunda vez que recibía su corazón un fatigazo semejante, ¿no es natural que Chaplin pasara por un estado neurasténico, del que le quedó la amargura para toda la vida?

¿No es natural que desde entonces mire a la mujer y al amor con cierto recelo?

Amó fervorosamente, con todo el poder de su alma de artista, y recibió como recompensa un xarpazo a su fortuna.

Desde entonces, Charlot rehuye el trato con las mujeres que se ajustan demasiado a su ideal y, a temporadas, se muestra misántropo e inabordable, si bien es verdad que estas rarezas van desapareciendo con el aplomo que prestan a su espíritu los años.

Es gran amigo del matrimonio Mary Douglas, y sólo acepta invitaciones para fiestas cuando a ellas asisten amigos y compañeros a los que le une estrecha amistad



Charlot en "Los lucas de la ciudad"

y cuando los invitados no son muchos. Por eso prefiere dar las fiestas él. Así invita únicamente a aquellos cuya compañía ha de serle agradable.

Artísticamente, es el hombre más respetado de Hollywood. Lo mejor que puede pasarle a un artista que comienza, es que Chaplin le vea trabajar y pronuncie un veredicto favorable. Basta eso para que al artista se le abran las puertas de los estudios.

Con el advenimiento del cine sonoro, Charlot ha quedado aislado, pero sigue brillando como un astro de primera magnitud.

Chaplin posee una voz de magnífico timbre para el micrófono. Si Charlot quisiera, tal vez seguiría siendo el primer artista del "talkie" como lo es de la pantalla muda. Pero Charlot no quiere profanar ese bello arte del silencio, al que él ha sido uno de los primeros en dar impulso. El gran maestro del gesto y de la expresión, detesta los ruidos en la pantalla, y cuazido en todo el mundo triunfa el cine hablado, Charlot lanza una película muda que es un éxito formidable.

¿Un éxito del cine mudo?

No; un éxito del genial, del incommensurable Charlot.

Cómo se hizo el hombre y el artista

Todo el mundo conoce la biografía de Chaplin, pero nosotros vamos a referirla aquí brevemente, con objeto de que esta obrita no quede incompleta.

Nació en Londres, el día 16 de abril de 1889. Su padre era artista de music-hall y su madre pertenecía a una compañía de ópera, pues poseía magníficas dotes de cantante.

Murió el padre cuando Charlie era aún un niño y su madre quedó enferma, lo que no le impidió atender a los gastos del hogar y a la educación de los hijos, y con



Charlot en "El circo"

tanta solicitud cuidó de la formación del pequeño Charlie, que éste ha dicho cuando era el gran Charlot: "Todo cuanto soy, se lo debo a mi madre."

Educado en un ambiente artístico, Charlie debutó a los ocho años en la vida escénica como elemento de una *troupe* de niños que ejecutaban diversos números de *music-hall*. A los quince años tenía de sueldo una libra por semana, libra que en realidad venía muy bien a aquel hogar a cuyos ingresos ya no podía atender su madre enferma.

Trabajaba a la sazón en una compañía, donde nació su primer amor, un amor callado y tímido de adolescente. El objeto de este amor fue María Doro, la primera actriz de la compañía, radiante de belleza y de celebridad. Fue un amor imposible, ahogado, puramente contemplativo.

Pasó de allí a una compañía que cultivaba el género de la pantomima, y su éxito fue tal, que en el año 1910 partió para América, ganando 100 dólares por semana.

Dos años estuvo trabajando en América y allí comenzó a interesarse por el cinematógrafo. Le cautivaron las películas cómicas y comprendió en seguida que él podía hacerlo mejor que aquellos actores.

Y he aquí que sin que él hiciera nada por ingresar en una compañía de cine, un elemento dirigente de la Kay Bee Company, que lo había visto trabajar en sus pantomimas, le ofreció un contrato para trabajar en el cine, pagándole ciento cincuenta dólares semanales. Chaplin aceptó y se dirigió con la Kay Bee a los Keystone Studios, de California, de los que era director general Mack Sennett, el famoso descubridor de Mabel Normand, Gloria Swanson, Keaton y Harold Lloyd.

Allí encontró serias dificultades para trabajar, pues quería obrar por cuenta propia y ningún director lo admitía. Estuvieron a punto de despedirlo, pero Charlot suplicó a Mack Sennett le probara, permitiéndole trabajar guiándose por su propia iniciativa, y el director general accedió, permitiéndole poner de su parte cuanto quisiera en el primer film en que tuvo papel.

Fue un éxito, pero el propio Charlot ha dicho que su



Charlot con Marion Davies y Lawrence Tibbett

silueta no estaba todavía definida, pues trabajaba con sombrero de copa, levita gris y zapatos de charol. En la otra película en que tomó parte, volvió a usar el traje con que aparecía en el *music-hall*, traje que había copiado de un cochero borracho de Londres, y que no era otro

que el que todavía sigue usando el *Charlot* de los grandes éxitos.

Filmó diversas películas, si bien aun no había aparecido el genial *Charlot* que ahora conocemos, y en el año 1913, cuando terminó su contrato con los *Keystone Studios*, había alcanzado la popularidad suficiente para que una casa, la *Essenay and Company*, le ofreciera 6.250 dólares semanales para interpretar una serie de doce películas, empleando todo el tiempo que fuera preciso.

Terminada esta serie de doce películas, proyectadas con éxito creciente, contrató otras doce con una nueva casa, pero a condición de que él había de ser argumentista y director de sus propios films, y una vez realizadas estas películas, firmó un contrato con la *Films Nacional* para hacer otras ocho, por un millón de dólares. Entre estas ocho figuraron esas obras admirables que se llaman "*El chico*", "*Día de paga*" y "*El peregrino*".

Finalmente, al formar parte de los *Artistas Unidos* y filmar "*La quimera de oro*" y "*El circo*", *Charlot* se consagró definitivamente como el mejor artista de la pantalla muda, cima de la que todavía no ha logrado ni logrará jamás derribarle la pasión arrolladora del "*talkie*".

Antes de terminar este capítulo, queremos referir una anécdota, poco conocida, del genio de la pantalla muda.

Era en un club de Los Angeles, donde sólo tenían entrada las celebridades y los millonarios.

Acababa de ser admitido en el club un famoso atleta, el cual, al encontrarse frente a *Charlot*, le preguntó, para congratarse con él:

— ¿Cuál es su profesión?

— Artista de cine.

— ¡Bravo! Le desco que llegue a ser un segundo *Charlie Chaplin*.

A lo que el artista respondió sin inmutarse:

— Le agradezco su buen deseo, pero no quiero ser el segundo *Chaplin*. Me contento con ser el primero.

DON CINEMA



Charlot en "La quimera del oro"

Opiniones sobre Chaplin

Se ha escrito tanto sobre el gran artista, que todo lo que pudiéramos decir acerca de su arte ya está dicho. Preferimos, pues, hacer una labor de selección. He aquí algunas opiniones suscritas por firmas autorizadas:

"Charlot alcanza la perfección del rostro, con un movimiento insignificante (porque el cinematógrafo, contra la opinión corriente, es el arte de la economía del movimiento y de la expresión), diseña un tipo tan acabado, tan completo como los de Arlequín y Pierrot de la comedia italiana."

Alexandre ARNOUX."

"Aparece Charlot. Ante nosotros tenemos un hombre, no una imagen. Nos hace olvidar la pantalla, la oscuridad de la sala: es la esquina de una calle, una habitación amueblada cualquiera, un palacio, el puente de un barco, y allí estamos nosotros realmente, siguiéndole intrigados, olvidados de todo. Estamos como aislados, en discreta admiración. Ya no tenemos vecinos. Estamos a diez pasos del prodigioso hombrecillo y él absorbe nuestra atención."

Hasta ahora, nadie había sabido dar esta impresión de verdad. El ritmo cinematográfico, por cuya comprensión todos se esfuerzan, no cuenta aún más que con un virtuoso: Charlot.

Enrique POULAILLE."



Charlot en "Las luces de la ciudad"

"Charlot no es un payaso, sino un artista profunda y delicadamente humano. A veces se sienten los ojos llenos

de lágrimas viendo a Chaplin, y no se sabe ciertamente si fué por exceso de risa. Porque en los contrastes que establece entre los pasajes cómicos y las escenas sentimentales, con la mano segura de un pintor que equilibra la sombra y la luz, Charlot alcanza la meta cómica, áspera y dolorosa, que ilustraron Molière y Courteline.

Galtier BOISSIERE."

"Ha sabido obtener efectos cómicos de las situaciones más graves. Y escapa a la crítica porque se ha complacido en no expresarse más que a sí mismo. Ninguno de nosotros hubiera podido prever la naturaleza y los grados de lo cómico que él ha revelado, y resulta al mismo tiempo de origen tan sencillo y tan corricato, que a nadie se le hubiera ocurrido imaginárselo.

Andrés BEUCLER."

"Hace reír unánimemente a casi todos nosotros porque no esperamos las conclusiones que él obtiene de su conocimiento del mundo. Pero, para aquellos que las esperan, esta risa es sagrada.

Considerad sus vueltas en ángulo recto, sobre un pie, con regocijos saltarines, sus caprichosas salidas en medio del combate, la alegría silenciosa y la ironía frente a todo, frente a sí mismo, con que subraya, en nuestros actos más sagrados o terribles, el amor, la guerra, el



Charlot en "La quimera del oro."

trabajo, el robo, el juego, el mudo acuerdo que revela su contemplación metafísica entre el dolor sentimental del hombre y la risa indiferente de Dios. Miradle jugar con sus pasiones y las nuestras como si fueran pompas de jabón o acerados puñales. Aun el sentido de la civili-

zación vive, canta y se burla en él, que, para no tener que maldecirla, da a la vida la forma acentuada y sostenida de su sentimiento trágico.

E. FAURE."

"Chaplin es un poeta, interpreta con el corazón, y su imaginación sentimental es una de las más poderosas que han existido, aun cuando la poesía exija que llegue hasta la bufonada. Entoncec no hace falta más que un segundo, una mirada, un gesto insignificante para recordarnos que no se ha burlado de nosotros, que allí está él con un corazón semejante al nuestro.

Chaplin conoce el corazón humano tan profundamente, que da la expresión absolutamente original de todas las manifestaciones físicas posibles de los sentimientos. El efecto no está jamás obstaculizado por un detalle o comprometido por la vulgaridad. ¿Es cálculo, lirismo o la revelación absolutamente perfecta de un don completo? Hombre de genio, no inventa su genio, pero lo explota con facilidad seductora.

Andrés BEUCLER."

"Una película de Chaplin se presenta siempre bajo la forma de una severa aventura cuyo objeto es hacer resaltar que Charlot es presa del destino. Pero esta aventura tiene oscilaciones, bonanzas y tempestades; está perfectamente dirigida; así, cuando se encalma, el fondo



Charlot en "Los luceros de la ciudad"

reaparece con elementos generales, siempre los mismos, y los detalles particulares reaparecen también. Mejor dicho, vuelven a aparecerlos sensibles, porque nótese bien que no habían desaparecido nunca; su desaparición no había sido más que relativa, simple efecto de óptica. Es

admirable que esto sea voluntario. Ignoramos qué procedimiento intelectual y psicológico emplea para ello. Y uno de los efectos de risa más infalible es el que produce la reaparición cuidadosamente preparada y siempre verosímil, de uno de esos "trucos", uno de esos elementos particulares propios de Charlot.

Nadie había conseguido llegar antes que Charlot, como él lo ha conseguido muchas veces, a este extremo de arte: reunir la verosimilitud de los acontecimientos, la elección de actos en apariencia libremente pesados, consentidos, ejecutados, el desarrollo de esta vida interior, de esta vida exterior, íntimamente mezcladas, en un movimiento automático, con un vigor tal, que, al provocar la risa, hacen aparecer imperiosamente la figura del Destino.

FAURE."

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbrá, 16; Madrid: Caños, 1

Tip. Barcelona - Arribas, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

